



IX

Conversación con el señor cura.

V ENGO del sermón. Yo he sido quien ha predicado. Sólo he tenido un oyente, y éste era el señor cura. El señor cura tiene veinticinco años y es hijo de los Gurmier, que son seguramente los esposos más buenos del pueblecillo en donde vivo durante el verano. Recientemente ordenado y habiendo ido con licencia á pasar unos días entre los suyos, fué á visitarme, en espera de la decisión episcopal que debía elegir para él un puesto de párroco en alguna parroquia de aldea. Le conocí cuando era muy niño. Le tuteé mientras vistió de paisano, y empecé á llamarle de *usted* en cuanto se puso la primera sotana.

Al volverle á ver, en el momento en que iba á entrar en la vida, con una misión tan difícil, un conocimiento elemental del mal y un celo tan grande por el bien, le dije:—Señor cura, me permite usted que le predique un sermón por los que usted ha de predicar?

Consintió.

—Señor cura, en mi sermón trataré tres puntos, y

usted se aprovechará más adelante de mis palabras, cuando yo ya no pueda darle á usted ningún consejo.

Ante todo, convendrá usted en que el ideal que las gentes tienen del sacerdote, no es el mismo de antes. Por causas diversas se ha modificado; de buena gana diría que ahora es más elevado. Lo que se exige ahora de un párroco ó de un vicario, en austeridad, en decoro, en celo y en disciplina, es muy parecido á lo que se esperaba antes de un religioso. La indulgencia no se estilaba ya entre nosotros; la soltura de las costumbres no ha servido más que para aumentar la severidad pública en cuanto se trata de juzgar á un sacerdote. ¡Ah, qué lejos estamos, señor cura, de la libertad de que gozaban sus compañeros de usted, según dicen, en los tiempos en que había verdadera fe; me refiero á la honesta libertad de palabras, de modales y de aficiones! ¡La indiferencia es más exigente que la fe! Tiene siempre fijos los ojos en ustedes; ve en ustedes los seres que deben dar ejemplo en una religión cuya doctrina desconoce; se escandaliza ó finge escandalizarse por cualquiera cosa, y el papel de ustedes es verdaderamente difícil en una época en la que el juicio que tantas personas han formado sobre la doctrina se empequeñece, se hace más mezquino cuando de juzgar á un hombre se trata. Piense usted siempre en ello; convéngase de que, por la más curiosa de las severidades, esa gente que no cree, tolera difícilmente que usted la imite, aun tratándose de una porción de cosas perfectamente lícitas. Usted no debe

enriquecerse, ni fumar, ni montar en bicicleta, ni cazar, ni comer muy á menudo en casa ajena. Con respecto á esto, le confieso á usted que pienso casi lo mismo, aunque no soy tan exigente. ¡Los convites! Cuando llegue la ocasión, señor cura, hará usted bien en rehusarlos siempre que pueda. Reconozco que en esto hay excepciones, cuando se está en el campo ó se va á una ciudad. Pero yo hablo de la costumbre. Los que la tienen no son numerosos. Algunos se han creído en la obligación de adoptarla por caridad. Es molesta. Esto, por lo demás, no es más que un ejemplo que le cito á usted. Casi siempre viene á las mentes de alguno de los comensales una reflexión que les honra á ustedes, después de todo, y que es la siguiente: «Ya hace dos, tres, cuatro horas que el señor cura está con nosotros. Durante este tiempo, ¿no habrá llamado algún pobre á su puerta y no la habrá encontrado cerrada? ¿No le necesitará algún enfermo? ¿No ha empleado en nosotros solamente un tiempo que, como el dinero de la limosna, está destinado á todas las miserias? ¿No se ha beneficiado la nuestra más de lo que le corresponde?» ¿Y con qué provecho? Observe usted que la mayor parte de las veces las conversaciones son de una futilidad, por no decir de una vulgaridad extraordinaria, y que el sacerdote que no está en su casa, de diez errores formulados delante de él, sólo puede refutar uno. Y aún así, ¿lo hará acertadamente? Aunque posea toda la ciencia y todo el ingenio del mundo,

puede verse desconcertado por la suficiencia de un maestro en el arte de conversar, como hay muchos; personas adocenadas y temibles, á las que nada intimida, á las que el sentido común irrita como un reto, que tienen la especialidad de contradecir á todo el mundo y que al verse acorraladas por un argumento, se refugian en la historieta, que cuentan admirablemente y por la cual triunfan siempre.

Porque el auditorio no es exigente, y generalmente no tiene más criterio para juzgar una tesis que el placer que ésta le proporciona. Por ello decía cierto sacerdote la siguiente frase mística: «Es más difícil conducirse bien en una comida, que predicar un buen sermón.» Señor cura, ya comprenderá usted por lo dicho lo que son las exigencias de nuestros contemporáneos. Son todavía jansenistas en todo lo que se relaciona con la disciplina del clero. Y yo podría resumir del siguiente modo mi primer punto: usted, hasta por vocación, tiene derecho á vivir «secularmente»; el mundo le exige á usted que viva «regularmente.»

No es esto sólo lo que de usted exigen. Y me atreveré á confesarlo, señor cura; con respecto al segundo punto, estoy de acuerdo con ellos, aún más que con respecto al primero.

Tienen razón. Los que viven en el mundo advierten perfectamente esta contradicción entre la vocación eclesiástica y el deseo de prosperar. No tardan en sentir desprecio, cuando se percatan de que el sacerdote confunde su misión con una carrera humana, que

persigue sus ascensos por los mismos medios de que ellos se valen; que se rebaja hasta emplear las mismas recomendaciones; que siente las mismas zozobras, que tiene los mismos compromisos. ¿Lee usted periódicos? No lo sé y no deseo que lea usted muchos; pero si los lee usted, debe usted encontrar con frecuencia, contra tal ó cual candidato al episcopado ó contra tal obispo, artículos en los que se ponen de manifiesto los supuestos manejos que ese sacerdote habrá aceptado y empleado con el objeto de alcanzar el báculo y la mitra. El tono es insultante; las palabras desagradables; las insinuaciones calumniosas abundan en esos artículos de fondo ó en esas *impresiones* al pie de las cuales suele verse la firma de un escritor «conservador.» Sólo disculpo el sentimiento: es perfectamente legítimo. Este sentimiento halla en la multitud uno de esos ecos profundos que revelan que hasta la idea de lo justo y de lo injusto está interesada en la cuestión. Y efectivamente es así. En nombre del buen sentido, de su antigua rectitud, el pueblo condena al sacerdote en quien sospecha semejante debilidad, y convendría que oyese usted el lenguaje de aquellos que de cerca ó de lejos, por autoridad directa ó por influencias, toman parte en los nombramientos eclesiásticos. Su ironía es muy instructiva cuando hablan de los pretendientes. Y la novela, la novela que no leerá usted, que no debe leer, ¡cuán severa es sobre este punto! Desgraciadamente somos bastante ricos en autores que han tratado de pintar sacerdotes buenos y malos, so-

bre todo, malos, y que no han acertado más que en el segundo caso. En las novelas, los sacerdotes virtuosos carecen de dotes sobrenaturales; es decir, de todo lo que esencialmente les constituye. Viven, discuten, charlan como excelentes personas, algo fatigadas por el peso de los años; son muy indulgentes, capaces, en la vida ordinaria de mil caritativas acciones, y, en ocasiones, de un heroísmo que se asemeja mucho al de los héroes condecorados: detener un caballo desbocado, arrojarse al agua para salvar á alguien, cuidar con gran abnegación á un apestado. No podemos escatimarles nuestra simpatía, pero sí podemos preguntarnos en qué se diferencian de un bondadoso notario, solterón y filántropo. Los malos están mejor pintados, y, entre ellos, los más implacablemente, los más duramente fustigados son los sacerdotes que han vendido á los hombres su carácter divino.

Señor cura, ahí tiene usted un hermoso elogio de su vocación. ¡Cómo creen en ella á pesar suyo hasta los que no la comprenden, puesto que le echan á usted en cara, como si fuese un crimen, lo que tan natural les parece en los demás hombres! Sé perfectamente que yo no tengo ninguna autoridad en estas cosas, pero puedo abrirle á usted mi alma de sincera creyente, y decirle que yo tampoco he comprendido jamás esta ambición en un sacerdote. Me parece que el que ha sido llamado de lo alto, debe decirse todos los días al levantarse, algo por este estilo: «He renunciado á mi mismo; soy libre, poseo la completa libertad que trae

consigo el renunciar á todo, y tengo la suprema dignidad de ser pobre sin codiciar la riqueza, de no desear nada, de no sentir ninguna desilusión, ninguna desesperación humana. Mi única ambición es aparecer ante los ojos de los hombres entre los cuales vivo, como la prueba evidente de un ideal distinto al suyo. En mi parroquia hay algunos centenares, tal vez algunos millares de almas que están ligadas á mí por los lazos del ejemplo, de la oración y de la caridad que les debo. ¿No es esta una carga infinitamente más pesada de lo que mis fuerzas pueden soportar? Y si yo me encargase voluntariamente, por temeridad, de una sola alma más, daría prueba de una vanidad inmensa, y en el fondo, de una gran incredulidad!»

Mi tercera observación la expondré en pocas palabras. No sería la última si quisiera decir todo lo que pienso. Pero, es necesario no extralimitarse, sobre todo cuando se predica un sermón. Así, pues, le diré á usted sencillamente que entre los hombres que no tienen la fe que usted tiene, que en ese *mundo* en el que va usted á entrar, pueden considerarse dos grupos completamente distintos. Algunos son enteramente hostiles á toda idea religiosa; la mayor parte de ellos profesan cierto respeto hacia las cosas religiosas, respeto infinitamente variable, que va desde lo que los químicos en sus análisis llamarían «residuos», hasta el deseo de creer. A esta disposición respetuosa se une generalmente, una ignorancia verdaderamente extraordinaria de lo que es el *Credo* del creyente. Aquí aludo

á lo más granado de los intelectuales y hasta de los sabios. Y me permito suplicarle á usted, al mismo tiempo, que cuando más adelante tropiece usted con uno de ellos, ya en un salón, en una asamblea, ó en una discusión por escrito, recuerde siempre que le han dado una educación que ellos no han recibido, y que algunos han encontrado dificultades para conocer la verdad y para seguirla, que usted no ha conocido. No olvide usted tampoco que hay una infinidad de hastiados. ¡Cuántas cosas podría decir con respecto á este punto! No abra usted jamás los libros de controversias. Abra su corazón de hombre santificado por la caridad, y muéstrese fraternal antes de ponerse de acuerdo con ellos.

Me lo prometió, y yo quedé avergonzada de mi presunción.



X

Meditaciones sobre la aldea.

MUCHAS mujeres no tienen más pensamiento que amar. Esto basta para que las vidas sean admirables ó infames, inútiles ó vulgares. Todo depende del objeto á que se consagran. En este pueblo de la Beauce que está aquí, ante mis ojos, en la distante colina cubierta de dorada mies y que el sol va á abandonar dentro de un instante, en ese grupo de casas compuestas solamente de cuatro paredes hechas de tierra y techadas con bálago ó tejas, conozco á casi todas las madres, á casi todas las muchachas y á casi todos los niños que van á la escuela. Son lo mejor de la población, las guardadoras del ideal venido á menos. Maldicientes, regañonas cuando viejas, ligeras de cascos muchas de ellas cuando jóvenes, negligentemente instruídas en su religión, parecen consagradas al arreglo de la casa y tan á ras de tierra como su hogar y sus establos. Y sin embargo, cuando las contemplo de cerca, reconozco en ellas la raza generosa y capaz de llevar á cabo las acciones más nobles, sin darse

cuenta de ello. Y es que han sufrido ó han comenzado á sufrir por sus semejantes. No han trabajado más que los hombres, que son trabajadores infatigables, pero han realizado más sacrificios de esos que no se pagan con dinero y que despedazan el corazón. Son madres, son hermanas, son vecinas, son la población permanente, en tanto que los labradores con los caballos se desparraman por el campo. Perine, la mujer de un gandul, ha recogido dos niños que cría con los suyos y á los que dotará con el mismo beso cuando cumplan veinte años; María, una labradora que está todo el día trabajando, cura por las noches desde hace ocho años, las llagas de un pastor alcohólico, sucio, lleno de miseria y «que no es nada suyo,» como dicen aquí; otra hace la cama y barre la choza de un idiota que vino un día, nadie sabe de dónde, y que se quedó en el pueblo esperando á que pasara el chaparrón y que tal vez crea que todavía está lloviendo; otras diez soportan—y algunas sin quejarse—maridos odiosos ó padres ancianos y achacosos; y Verónica, una criatura que se ha criado sin madre, bella como las espigadoras que los pintores colocan en primer término en sus cuadros, se lleva tras sí las miradas de la gente moza cuando cruza el llano ó llama á los jornaleros á la hora de comer; pero nadie se atreve á darle una broma, porque de ella emana una especie de pureza, que mantiene en respeto hasta á los mismos animales. ¿De dónde procede todo esto y otras mil cosas que para todo el mundo pasan inadvertidas? ¿De quién han

heredado estas virtudes superiores? De sus abuelas principalmente. Son las herederas de muchas generaciones de mujeres que poseían una firme conciencia religiosa; los fragmentos inconfundibles de una obra de arte mutilada; de una maravilla, que esto era generalmente el aldeano francés. ¡Ah! cuánta razón tenía el anciano que me decía: «Francia se nutre de su propia substancia.» Sí, de ella vive afortunadamente, porque de afuera, la nutren mal y la hacen beber pésimo alcohol adulterado.

Los hombres no han podido resistir este régimen tan bien como las mujeres. Estoy hablando de un pueblo de la Beauce, y no ignoro que aquí estamos muy por bajo del nivel corriente y que hay muchas provincias en donde es menos sensible la degradación moral.

Pero por lo mismo la observación es mucho más interesante. Permite adivinar el porvenir. ¡Pues bien; yo los conceptúo á casi todos extraordinariamente envidiosos é igualmente cobardes! Siempre ha sido difícil conseguir que el aldeano diga lo que piensa, y mucho más difícil aún que confiese lo que ha ganado, lo que ha perdido, y hasta que diga su opinión sobre el tiempo que ha de hacer al día siguiente. ¡Pero la envidia! ¡Cómo se advierte en las miradas, en las palabras, en los gestos, en el silencio, cómo la siento detrás de mí, cómo me sigue cuando atravieso la plaza, y cuán fugaz es al mismo tiempo, porque si vuelvo la cabeza todo el mundo me saluda! No me odian á mí

odian mi riqueza, mi sombrero, mi velo, mis botas y hasta las palabras de que me sirvo. Y soy rica, puesto que doy limosnas. Y no hago más que restituir, puesto que soy rica. Cuando les tiendo la mano creen que quiero sobornarlos; cuando les sonrío, piensan si mi sonrisa será interesada. Si yo fuese un hombre, creerían que estaba preparando mi candidatura. Algo ha perecido ó va á morir en ellos, y ese algo es lo que yo llamo amor; lo que he encontrado muchas veces en mis amigos de París, aun en los más pobres, ó en los de las capitales de provincia, esa facultad de sentir, esa confianza que dice: «Se ha roto el hielo; sé que usted me ama.» Es la fraternidad lo que desaparece, y en su lugar surge el odio, y con el odio, el temor. Se temen unos á otros; tienen miedo de la declaración, del periódico, del diputado á quien han elegido, del recaudador de contribuciones, del guardabosque, de todo el que pueda perjudicarles cerca del poder monstruoso y pródigo en promesas, del cual esperan, cada vez con más afán, el pan cotidiano que aún piden á la tierra, aunque con menos confianza y menos gratitud. Nueva esclavitud, mucho peor que la antigua, porque antes era una condición de las personas, y mucho me temo que ahora se haya convertido en un estado de los espíritus.

Los hombres de este pueblo—¡y de otros muchos!—están abandonados. Nadie se ha cuidado de formarlos ni de dirigirlos. En la escuela, palabras, fórmulas de moral áridas como consejos de higiene; en el cuar-

tel, las mismas fórmulas diluídas en conferencias, y además y al mismo tiempo, en el cuartel y en la ciudad, ejemplos de libertinaje, de deserción y de desprecio de los jefes; á la sazón, todos los rumores perjudiciales de los vientos que corren; eso es lo que han aprendido. Y nada más. Nadie les desengaña, nadie se ocupa de robustecer su sentido común debilitado. Sin saber más que el alfabeto, las cuatro reglas de la Aritmética y lo preciso de Historia calumniosa para perder todo el orgullo que inspira el pasado de Francia, deben luchar, ellos solos, contra la más espantosa invasión de sofismas que haya amenazado la razón de los ignorantes y hasta de algunos que no lo son. Lo más cruel de la miseria es esta debilidad ante el error. El cura no puede hacer nada. Le miran con cierta prevención y huyen de él sin conocerle. El maestro, al que conocen perfectamente, tampoco sería escuchado aunque quisiese hablar.

Los aldeanos no le consideran como un amigo, ni siquiera, en el fondo de su corazón, como un igual. No es del pueblo; no ha sido elegido por los padres y las madres del pueblo; no posee ninguna tierrecita; no tiene una misión divina; sólo ejerce un oficio humano; pasará. Su influencia será, todo lo más, política; no es un personaje importante, ó, como se decía antes, una autoridad. Algo más poderoso que las leyes y los reglamentos se opone á ello. ¿Quién tendrá, pues, la otra influencia, la permanente, la moralizadora, la pacificadora, la bienhechora? En otros tiempos fué

ejercida por siete familias, pertenecientes á la clase media ó á la aristocracia, que no ignoraban, la mayor parte de ellas, por lo menos, que vivir en un pueblo es favorecerle. Hoy, mi hermana, tiene todavía «su residencia», aquí, á tres kilómetros del pueblo, en lo alto de la loma desde la cual contemplo todo el día los trigales en los que juguetea el viento y la luz. En esta casa pasa mi hermana siete meses del año. Ni una sola familia que piense y lea vive, además de nosotros, en la comarca. Porque no puedo decir que viven aquí los Japermont, los dos hijos del opulento comerciante en maderas, cuyo castillo, situado al lado opuesto de nuestra posesión, está escondido en un rincón del bosque. Estos muchachos están siempre cazando y no hacen en su castillo sino breves apariciones. Ayer por la mañana encontré al menor, al que tienen todos por inteligente. Yo acababa de separarme de la tía Támaras, que recoge toda la leña que está caída en el suelo y tal vez hasta la que está aún por caer, y la buena mujer se alejaba con su haz al hombro diciéndome:

—Hasta la vista, señorita; me alegro mucho de haberla visto.

Un jinete salió del bosque en aquel momento; me vió, galopó hacia mí, detuvo su caballo á tres pasos de distancia, y el hombre y el bruto me miraron al mismo tiempo con el mismo aire juvenil; con idéntica expresión de alegría.

—¿Va usted de caza, bella vecina?

—A pie, ¿no es verdad?

—¿Quiere usted un auto? Me he traído dos.

—Gracias.

—Entonces la invito á usted para pasado mañana por la tarde. Comerá usted con nosotros. Vamos á representar una comedia. ¡Se alegraría tanto Marcela!... ¿No quiere usted? ¡Nunca se la vé á usted en ninguna parte! No se ocupa usted de nada.

—Me ocupo de muchas cosas, por el contrario; pero precisamente de aquellas de las cuales no se cuida usted.

Sonrió, saludó y volvió á alejarse al galope.

A lo lejos se oía una trompa de caza. Y al pronto escuché complacida, pero mi contento duró poco. El segundo toque me irritó como si sólo hubiese sido una sucesión de notas falsas. Hubiera querido correr hacia los cazadores y decirles:

—¡Más bajo, se lo suplico á ustedes, más bajo; hay enfermos!